

Las gemas y el valor (El reflejo de una odisea)

Un desencanto aterrador sucumbió aquella tarde. Tálamo, un desconocido y persistente centauro fue visto recorriendo las cercanías de la entrada a la ciudad de Eleusis. Sólo fue visto por Éfobo, un joven ayudante de escultor que, habiendo terminado su jornada laboral, empujó su deseo de aislarse un poco para contemplar sus pensamientos con tranquilidad. Tras casi una hora de caminar por la ciudad en dirección a la entrada, vio con asombro a un centauro. Este, algo inquieto y cuidándose de no ser visto por nadie, enfocó todos sus esfuerzos en desenterrar un objeto con mucha insistencia. Éfobo, lo contempló con curiosidad atado a la precaución, pues no sabía cómo podía reaccionar el centauro al verlo. Así, Tálamo, ya habiendo terminado su tarea, desenterró un cuerno, un gran cuerno algo accidentado y con extremo cuidado lo acercó a su oreja derecha. Los primeros segundos fueron de nerviosismo hasta que, al escuchar un sonido, sus ojos se abrieron más de lo usual y su rostro palideció. El sonido, desgarrador hasta el final, era el lamento de su amada Lísipe, una centauro que nunca lo dejaba solo.

Oculto pero lleno de curiosidad y con algo de valentía, la suficiente como para acercarse, incitó al joven Éfobo para ver qué sucedía y capaz poder ayudarlo. Ese lamento que salió del cuerno le transmitió a su esposo, que ella fue llevada al inframundo por error. Hermes, quizá distraído por la culpa que le generó el hurto de los bueyes a Apolo, pudo haberla llevado a ella y no a otro centauro al inframundo. Claro, al no poder salir se las ingenió para hacer llegar ese mensaje a la superficie metido en un cuerno. Así, Tálamo sabría dónde buscarla. El crepúsculo se estaba yendo a buscar otro horizonte para dejarle el resto del día a la noche que fue testigo de un pedido de Tálamo al joven ayudante de escultor.

— Entiendo que es un pedido un tanto curioso y hasta peligroso, -le decía el centauro a Éfobo- pero me gustaría que me ayudes a rescatar a mi amada. Yo no puedo entrar al inframundo, los centauros no lo tenemos permitido. Yo podría acercarme lo suficiente como para distraer a Cerbero y tú podrías adentrarte para rescatarla.

El pedido, que revestía un enorme peligro y la posibilidad de no poder salir nunca de ese lugar, era muy alta. Pero, algo se filtró por las venas del joven ayudante de escultor, ese algo era la posibilidad de vivir una verdadera aventura que podría transmitir a sus amigos. Así, se tomaría esa noche para pensarlo bien.

La ansiedad, el temor, la idea de alejarse de lo infante para acercarse a la adultez, terminaron por motivar a Éfobo para empezar la travesía al inframundo. Tálamo, quizá en un acto de desesperación o de verdadera promesa en muestra de agradecimiento, promete al joven ayudante de escultor, dieciocho gemas verdes y violetas en pago por rescatar a Lísipe. La duda por ese pago no dejó de atormentar a Éfobo que aun así comenzó su descenso hacia el Hades a través de una cueva oculta. El centauro, inquieto y con no menos temor que su compañero, prendió dos antorchas y recorrieron los primeros doscientos metros que fueron en soledad absoluta. La luz de la entrada se fue perdiendo y fue ahí que el centauro se detuvo pues poco faltaría para que aparezca Cerbero. Solo las antorchas iluminaban el camino donde se escuchaban muchas voces, algunos gritos, puertas que se cerraban, ruido de cadenas y golpes de metal. Además, un fuerte olor los invadió. Tálamo, se quedó más atrás hasta detenerse. Éfobo, compartiendo

el mismo susto, se escondió en una pequeña elevación del terreno y se cubrió con maderas y partes de escudos rotos. A los lejos, un sonido bastante aterrador comenzó a hacerse más fuerte puesto que algo se estaba acercando. El joven, mirando fijamente, y armado con una lanza que allí encontró, contempló con horror a un perro gigantesco de tres cabezas. Cerbero no había visto al joven ni al centauro oculto más lejos de aquel. El can se detuvo y olfateó algo que lo llevó hacia otra dirección. La cueva parecía extenderse por laberintos algunos oscuros y fríos y otros que descubren amplios jardines iluminados con antorchas y orificios que llegaban a la superficie. Pasando esos laberintos, se encontraba un arroyo donde desde el fondo podían contemplarse cascadas y algunas personas que interactuaban con animales, minotauros y centauros. Algunas ninfas en la orilla acompañaban a muchas personas que recién habían fallecido hacia otro sector del arroyo para ser asistido por Caronte. Se respiraba un clima de sufrimiento y dolor. El lamento parecía inundar el inmenso recinto. En algunas partes del techo de la cueva, había jardines colgantes con variadas plantas muy tupidas que, aun tratándose del inframundo, parecía darle algo de naturaleza viva.

Al momento que Éfobo se acercó al arroyo, se escuchó un grito muy fuerte que provenía de otra entrada. Un hombre alto, fornido y con actitud decidida, rompió una puerta para entrar al tiempo que Cerbero se le arrojó encima. La pelea parecía desigual puesto que ese hombre peleaba contra el temido Cerbero. El robusto y valiente hombre comenzó a forcejear con el perro de los infiernos hasta llenar su cuerpo con fuertes golpes que el perro sintió y se vio, en sus tres cabezas, la expresión de dolor. ¿Quién era ese hombre tan bravo que golpeaba con la fuerza de cien hombres?. El joven, aún escondido pero a una distancia suficiente como para ver el combate, seguía aferrado a su lanza mientras advirtió que Tálamo ya había abandonado la cueva. Cerbero, inmerso en gritos de dolor, pudo defenderse, pero el hombre con más fuerza, tomó un pesado garrote y golpeó al can repetidas veces. El can, más debilitado y escupiendo sangre por dos de sus cabezas, comenzó a suplicar piedad. Pero nada de eso sucedió. El hombre fue aplastando sus tres cabezas hasta matar al perro. Así lo cargó sobre sus hombros y se lo llevó por la puerta desde donde había entrado.

El silencio se hizo presente en toda esa parte de la cueva. Las ninfas allí presentes dejaron, por un momento, de ocuparse de las almas de los recién difuntos puesto que la sorpresa las invadió. Éfobo, con más sorpresa aún, le pareció que ese fornido y valiente hombre era el mismísimo Hércules del que tanto se hablaba. Aunque no estaba seguro, pretendía salir con vida de esa cueva para poder contarlo. Así, tras casi una hora de recorrer la cueva y sus laberintos, y ayudado por algunas almas en pena que no pudieron despedirse de la vida pacíficamente, el joven escultor pudo salir a la superficie. Del otro lado lo esperaba Tálamo. Este, algo angustiado al ver salir solo a Éfobo, se deprimió pues su amada Lísipe no había salido con él. Cuando estuvieron bajando de una pequeña colina donde en su superficie tenía otra entrada al inframundo, vieron con asombro a algunas deidades de los bosques, ninfas de los lagos, pocos centauros y apenas un puñado de minotauros que se acercaron a esa entrada con la idea de poder entrar y rescatar a sus seres queridos injustamente llevados al Hades. Puesto que la noticia del asesinato de Cerbero llenó de aliento a los familiares. Por otro lado, Caronte, envuelto en una nube de misterio, no se presentó. Así, antes que todos pudieran entrar, se presentó Hermes, acompañado por algunas almas de guerreros muertos en batalla para detenerlos. Con valentía y obedeciendo las órdenes de su padre, logró contener a la multitud logrando persuadirlos con sus palabras mientras caminaba entre ellos sacando la tierra de las alas del casco. Hermes, admitiendo su culpa, contó que hubo una cacería de

animales salvajes para hacer una hecatombe y que algunos centauros fueron asesinados por error.

Así, Tálamo y Éfobo, desde una ubicación más alejada desde donde Hermes daba la explicación, pudieron contemplar cómo algunos centauros y humanos comenzaron a salir por la entrada donde estaba Hermes. Lísipe, con algo de esfuerzo a la vez que sus heridas comenzaron a sanar milagrosamente, logró llegar a la superficie y salir de la cueva. Así, el resto de los difuntos volvieron a ver la luz del día. Hermes, viendo que su trabajo estaba concluido, regresó al Olimpo. Los difuntos, que ya no lo estaban, regresaron con sus familias. El abrazo entre Tálamo y Lísipe, pareció no tener fin, un abrazo que logró detener el tiempo. Así, los centauros se perdieron en la inmensidad del bosque. El joven ayudante de escultor se sentó con serenidad en una roca, respiró con profundidad y, nutrido de tranquilidad y silencio, se dispuso a limpiar con un poco de saliva las gemas que le fueron regaladas.

2022

